

# Despegar

Juan Manuel Ramírez Paredes



Image not found.

# Capítulo 1

Puerta de embarque número dieciocho.

De los aeropuertos se dice que no hay un lugar más feliz que la zona de llegada. Ahí finalizan todos los viajes y los destinos se dan la bienvenida.

Marco se encontraba en la puerta trasera, después de unos días en la capital portuguesa. Viajaba a lugares donde volver o regresar, ansioso de perderse en nuevos sabores, calles empedradas e historias.

Se había hospedado en *Chiado*, el viejo *Barrio Alto*. Los músicos callejeros, generalmente violinistas, despertaban a los comerciantes con canciones que se repetían en sus cuevas. "Las cuatro estaciones" de *Vivaldi*, "La flauta mágica" de *Mozart*, "O mio babbino caro" de *Puccini*, "Por una cabeza" de *Gardel*...

Le gustaba entrar en la *A Brasileira* a tomar un café con un *pastéis de nata* tras ojear libros en *Bertrand* o *Ler Devagar*. Largas caminatas y saborear el mejor de los mariscos con sobredosis de cilantro regando la resaca de sus vinos. Las noches de jazz en *Páginas tantas* o degustar una *Sagres* en *Rock in Chiado* escuchando *Queen*.

Al anochecer, en Lisboa, las mujeres pasean libres, mostrando sin pudor sus defensas tras la *Torre de Belém*. Allí donde los mortales imploran el rescate de las mazmorras del *Castillo de San Jorge*, cima de un éxtasis a orillas del río *Tajo*. Marco disfrutaba del placer de atravesar sus murallas y yacer en el *Monumento de los Conquistadores*. El rapto de deseos de convento elevados por *Santa Justa* al paseo que abra las puertas de su catedral en la cama de *Chiado*.

Previo a la huida hacia la rutina, escuchando fados en el salón de casa, recuerdo del sabor de los besos de aquellas noches, en su cabeza, rondaba la idea de comprar algún ejemplar de *Saramago*. Quizás "Ensayo sobre la ceguera", o un libro de poesías de *Pessoa* y leerlo junto a su estatua. En esa ocasión, Marco optó por seguir sus palabras: "Vivir es ser otro". Aunque le gustase la ciudad, el país; aún no entendía el portugués.

En la zona de embarque, arrepentido por no haber adquirido ningún libro que hiciera más llevadera la espera de vuelta a su guarida en Madrid, repasó cada uno de los pasajeros con lecturas a su alrededor... Se distraía viendo lo que la gente leía, hacer psicoanálisis de sus miradas sobre los párrafos.

Una recia mujer, recién salida del taxidermista, ojeaba a *Dostoievski*. En tiempos quizás fuera una "Lolita" de *Nabokov*, ahora se había vuelto invierno. Buscaba una explicación, culpando a la sociedad de su vacío, al

encuentro del animal que fue.

A su lado, un joven de no más de veinte años, leía nervioso "El libro de las ilusiones" de *Paul Auster*. No es el libro recomendado para subir a un avión donde podría viajar la familia de *David Zimmer*... El destino se muestra caprichoso en tragedias y le gusta gritar en nombre de actores de película muda. Aunque a esa edad no existen esos miedos.

Otra chica rubia y mejillas sonrosadas, miraba irónica la obra de *Philip Roth*, "El mal de Portnoy". Tapaba con su mano la portada, pero Marco pudo reconocer el dibujo. Quizás estaba descubriendo sus oscuros deseos en las confesiones de un judío, de ahí los signos de su vergüenza.

Un hombre no muy agraciado, leía atento "Un mundo feliz" de *Huxley*. Sin duda en su infancia fue tachado de *Épsilon* y asentía en cada párrafo que terminaba sobre los vaticinios de nuestra existencia.

Al fondo de la sala, una pareja que no había dejado de besarse y acariciarse desde que llegaron. Cubiertos con arena de playa en sus piernas, brazos y cómplices cruces de miradas acompañados de sonrisas. Ella sacó de su bolso dorado un libro de poesía de *Whitman*, él reía a carcajadas mirando su móvil. No volvieron a tocarse.

Las manos de Marco estaban vacías y deseosas de cualquiera de esos ejemplares. En un momento de arrebató y envidia pensó "crear" el caos convirtiéndose en bombero de "Fahrenheit 451". Como en cualquier espera, el tiempo pasaba lento y hay decepciones.

## Capítulo 2

En la búsqueda de su asiento, Marco, ni tan siquiera recaló en si era su sitio o el de su acompañante, únicamente lo tomó cuando vio el número "11B" bajo el compartimento donde guardó su maleta. Al mirar a su izquierda, una hermosa chica entre él y la ventanilla... supo que no iría solo en ese viaje, ni contaba con aquel "equipaje de mano".

Ella le mostró su sonrisa, entonando detrás un alegre —¡Hola! —con hilera de pequeño marfil sobre arco de labios rojos. Fue contestada de la misma forma, al menos, Marco así lo intentó. La realidad, es que su saludo había sido seco y frío, quizás por llevar varias horas sin entonar ninguna palabra.

Bajo un largo y rizado pelo negro, hundidos en suave piel morena, unos ojos apuntaban al objetivo. Enormes pupilas marrones delineadas con lápiz negro se clavaban en los de Marco como si en ellos hubiera visto al personaje de una novela que se supiera de memoria. «*¿Habría sido Marco objeto de su análisis en la puerta de embarque?*», reflexionó. Él, no la recordaba... Vestía una falda roja de flores y sandalias. Su camisa de seda dejaba ver, que bien el frío saludo de respuesta o el reciente paso de la recia mujer por el pasillo, la habían contagiado.

Marco se dispuso a radiografiar sus pertenencias. El equipaje de aquella chica consistía en un bolso de cuero y una botella de agua. Sobre su regazo, un libro abierto, un móvil y lo que parecía una postal a medio escribir. Sólo alcanzó ver que se dirigía a su destinatario como Sr. «*Tal vez, ¿su amigo?, ¿su maestro?, ¿su amante?...* Todos somos aprendices de alguien», pensó mientras ella continuó escribiendo.

Para que no adivinase sus pensamientos, Marco giró la cabeza en dirección opuesta, nunca sabes los poderes que puede entrañar una mujer... Al otro lado del pasillo, en el asiento de su derecha, incrustado como la espada en la piedra del rey Arturo, visualizó un nuevo libro. "El guardián entre el centeno", de *Salinger*. No había nadie sentado, así que no pudo controlar que sus manos se abalanzaran sobre él... «*Si mi acompañante ya tenía entretenimiento, el destino me ha dejado guardado otro de mis placeres y la solidaridad del arrepentimiento*», concluyó Marco aceptando el regalo del pasajero que lo hubiera dejado olvidado. "Un cuerpo coge a otro cuerpo".

Cuando abrió su interior, existían tres papeles entre sus hojas. Esas marcas que se introducen en los libros como recordatorios de las paradas de un camino. Tras la solapa, entre la biografía del autor y la página en blanco, un papel de regalo cuidadosamente doblado que debió contener la obra. Sobre la mitad, con el joven *Holden Cauldfeil* confesándose a su hermana, un panfleto reivindicativo en el que se leía "Defiende tu

educación". Casi en el final del texto, un marca páginas con una foto de *John Lennon*.

Mientras Marco cerraba su preciado "regalo", con intención de comenzar a leer una vez terminado el despegue, una pareja se sentó en el asiento dónde fue extraído el ejemplar. El hombre cedió amablemente la ventanilla a su acompañante sentándose tras su paso. «*Caballero, Excálibur ya no está en la piedra*», se dijo Marco sonriendo irónicamente.

Cauteloso, observó cómo aquel viajero comenzaba a rebuscar en el bolsillo del asiento delantero... Durante la escena, Marco notaba que se escurría levemente en su butaca, del mismo modo que *Holden* se ocultaba en el armario de casa de sus padres... El individuo no encontró lo que buscaba en su interior y abrió el compartimento que tenía sobre su cabeza sacando una mochila negra. Comenzó a abrir todas las cremalleras en búsqueda de "algo". La fémina también miraba bajo el asiento y entre sus pertenencias.

Aunque su subconsciente ya le avisaba a través de las acciones involuntarias de su cuerpo, tuvo que usar la razón para determinar que el libro no era un olvido del anterior pasajero. Era su libro... Ocultarlo no tenía ningún sentido si el propósito era leerlo durante el vuelo, al verlo, la pareja reclamaría su propiedad. La lógica siempre como losa que aplasta.

Marco posó su mano en el hombro del varón. —¿Este libro es suyo?  
—preguntó.

—Sí. ¿Dónde estaba?

—Lo encontré tirado en el suelo —mintió como un bellaco entregando a regañadientes su distracción para el viaje.

Incrédulo, el pasajero miró a Marco y le dio las gracias. Bajó la bandeja de su asiento, se colocó unas gafas de cerca mientras su mujer preguntaba cómo se habría caído... —Supongo que al levantarnos —respondió mirando de reojo el asiento "11B".

La mentira puede producir el mismo calor que el deseo, de ese modo el amante es tan adicto al sexo como el mentiroso a su falsedad. Con el sofoco que produce la calumnia, Marco se sentía como una quinceañera ruborizada que esconde "El amante" a sus padres.

El hombre abrió el libro por el marcador de la foto de *Lennon*, no sin previamente comprobar que papel de regalo y panfleto continuaba dentro del libro. Volvió a doblar el papel de regalo de la forma "correcta" y lo dejó bajo la solapa.

La azafata irrumpió para indicar a Marco que no tenía puesto el cinturón de seguridad. Abrochó la correa y decidió volver de las cruzadas para, simplemente, disfrutar del vuelo. Como atraído por un imán, giró la cabeza hacia la chica. Ya no escribía, pero continuaba con la misma sonrisa. Había contemplado toda la actuación... Quizás antes de llegar al avión...

Con su pelo negro tapando el rostro, tomó de nuevo el bolígrafo y firmó la postal. Entregó el cartón a un sorprendido Marco, que ni tan si quiera se atrevió a leerlo, sólo girarlo para ver su fotografía... No era una postal, era la portada de un libro: "Los ladrones de libros", de *Alonso Guerrero*.

En la ventanilla se observaba atardecer. Despegamos...